

Un reconocimiento compartido

Entrevista del Dr. Ambrosio Velasco Gómez al Dr. José Luis Mora con motivo de la concesión del premio Reconocimiento de la Escuela Nacional de Altos Estudios cuya entrega tuvo lugar en el edificio que lleva el nombre de Adolfo Sánchez Vázquez anexo a la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM el 24 de septiembre de 2015.

Estimado Dr. José Luis Mora:

La Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM le otorgó en 2015 la Medalla Escuela Nacional de Altos Estudios en reconocimiento por su contribución a la docencia, investigación y difusión de las humanidades y a la Filosofía en especial en su calidad de profesor de una Universidad extranjera. Quisiera primeramente preguntarle:

¿Qué significa para usted esta distinción por parte de la Facultad con mayor antigüedad de la UNAM?

Siento un gran pudor al responder a sus preguntas, a lo que accedo por la enorme satisfacción y agradecimiento que siento por un reconocimiento que viene de una institución en la que resuenan aún las enseñanzas de tantos profesores y profesoras eminentes a lo largo de un siglo, a las que se suman quienes lo hacen hoy en día. Si me atrevo, además, es por un doble motivo: primero, porque, si bien hay colegas que lo merecen con mayores méritos que los que pueda yo aportar, es un reconocimiento a una persona que ha formado parte de grupos que se han esforzado por recuperar el pensamiento español, tratando de rescatar aquello que Gaos señaló que permitiría que España dejara de ser colonia de sí misma y lo han hecho desde condiciones difíciles. Y porque ha sido esa tarea docente e investigadora la que nos ha conducido a encontrarnos con ustedes. Con seguridad, a ustedes les ha sucedido lo mismo desde la reflexión histórica pues solo es posible encontrarse cuando se halla el camino común. Es, por ello, un mérito compartido con los compañeros que he tenido y tengo en la Universidad Autónoma de Madrid; igualmente con colegas de otras universidades españolas pues hemos compartido encuentros, algunos de ellos bien conocidos, con debates casi eternos sobre estas cuestiones acerca del pensamiento español e iberoamericano que se ha consolidado como un campo de investigación filosófica imprescindible. También porque es lógicamente compartido con los socios de la AHF, esta asociación en la que nos hemos encontrado amigos de tantos países, de universidades y departamentos bien diferentes en América y en Europa en torno a intereses suficientemente comunes. Tengo la fortuna de compartir las tareas de dirección de la misma con otros amigos desde hace ya unos años a través de elecciones democráticas; hago partícipes de este reconocimiento a todos quienes se esfuerzan por hacer de la AHF, sus jornadas y su revista un lugar de encuentro. En este sentido, entiendo este premio como un acto de generosidad al esfuerzo de un buen número de colegas que han conseguido crear un instrumento que se ha demostrado útil pero no fríamente útil, sino cálidamente útil. Por eso sé que hay nombres de amigos que se reconocen perfectamente en esta medalla. Y entre ellos están ustedes mismos.

Mas el segundo motivo para aceptar esta invitación y responder a sus preguntas es más importante. Si en un premio no son los méritos de quien lo recibe lo significativo sino la enorme generosidad de la Facultad de Filosofía y Letras de esta universidad cuyas siglas al ser pronunciadas infunden profundo respeto, su propuesta me permite constatarlo públicamente tal cual

es. Así pues, mi satisfacción proviene, sobre todo, por haber recibido un reconocimiento de la UNAM a la que respetamos y queremos tras conocer su enorme pasado y el papel que desempeña en México y por su proyección en otros muchos países, entre ellos España. Basta reconocer la actividad desarrollada por el Centro de Estudios mexicanos en Madrid a cuyo frente está la profesora Alicia Mayer para avalar estas palabras. La lectura y la investigación tienen su recompensa, no solo en el plano intelectual sino en el personal afectivo: el conocimiento —el roce, se dice en mi tierra de Segovia— hace el cariño. Y de esto doy fe. Mas del cariño nace la necesidad por saber más. De esto dejo mi promesa para obligarme a cumplirlo.

¿Cuál considera usted que ha sido su principal aportación a las humanidades y en especial a la filosofía?

Esta pregunta sí que pone ya las cosas más difíciles. He aprendido a lo largo de casi cuarenta y dos años de docencia que nada se consigue en solitario. Es lo más positivo de esta profesión cuya naturaleza consiste en compartir saberes, de tal manera que la producción del conocimiento es una espiral que muchas veces comienza en un detalle, en un subrayado o en una sugerencia que puede provenir de un colega o de un estudiante. Tengo muchas experiencias acumuladas en este sentido. A partir de aquí he aprendido, y por eso mismo he tratado de transmitirlo, un talante que conduce al trabajo en grupo sobre una mentalidad basada en la tolerancia y en la colaboración.

Podría señalar que, en cuanto a la parte material, he contribuido con colegas de distintas edades, mayores o más jóvenes que yo, a llevar a cabo proyectos, algunos de los cuales han adquirido un desarrollo notable. Unos lo han sido en la universidad en la que he trabajado, y sigo haciéndolo, y han tenido que ver con la renovación en la formación de profesores que realizamos un grupo de jóvenes, que nos iniciábamos en la docencia allá por los setenta y ochenta, en un Centro que, aun estando en Segovia, pertenecía a la casi recién creada Universidad Autónoma Madrid (1968). Tuve la fortuna de recibir el apoyo de los compañeros para ser el primer director de aquel Centro de Formación de Profesores elegido democráticamente, pues hasta ese momento lo eran por designación ministerial. Hicimos entonces una importante renovación pedagógica que dio excelentes resultados, saliendo promociones de maestros muy buenos. En estos Centros todos los saberes, los de Letras y los de Ciencias naturales o sociales así como la Música, el Dibujo, la formación física, etc., se convierten en Humanidades y eso facilita una relación personal cuya riqueza de matices, puntos de vista, sensibilidades, detalles, etc. me ha ayudado mucho en mi vida. Mi visión social de la filosofía no puede prescindir de aquella experiencia. Ya en la Facultad de Filosofía y Letras, desde comienzos de los noventa, he contribuido a la tarea ordinaria de colaboración con compañeros en los programas de licenciatura y posgrado incluido el doctorado y, en la última etapa, en la organización del Máster en Pensamiento Español e Iberoamericano que llega ahora a su décima edición (creo). No es casual que junto a mi compañero Fernando Hermida tomara parte en sus inicios el profesor de la Universidad de Guanajuato Aureliano Ortega y su presencia no se explica sin los contactos que veníamos manteniendo con todos vosotros. Siempre que nos ha sido posible hemos impartido asignaturas completas de filosofía mexicana y esperamos reforzar esta línea. Hace dos años hemos puesto en marcha un programa de doctorado, del que he sido coordinador durante este periodo fundacional, con colegas de Filología e Historia y la aceptación nos ha desbordado.

He formado parte, desde sus comienzos, en el Seminario de Historia de la Filosofía Española (1978) que pasó a ser también Iberoamericana en la segunda edición (1980) bajo la coordinación del profesor Antonio Heredia en la Universidad de Salamanca, quizá la de mayor tradición americanista en España; del grupo que puso en marcha la Asociación de Hispanismo Filosófico (1980) y del que formaron parte profesores que tienen un reconocimiento bien gana-

do. Las jornadas promovidas por esta asociación (doce ya hasta el momento) y la revista que ha alcanzado el número 20 han contribuido mucho al reconocimiento del pensamiento filosófico en lengua española; pertencí durante bastantes años al seminario quincenal del Instituto “Fe y Secularidad” que se abrió en Madrid a finales de los sesenta y duró unas dos décadas aproximadamente. Fue allí donde pude conocer poco a poco el mundo americano y acercarme a figuras del exilio de las que no se hablaba en la Facultad. Con Teresa Rodríguez de Lecea, José Luis Abellán, Diego Núñez, Pedro Ribas, Antonio Jiménez y otros colegas comencé a interesarme por este mundo. Allí escuché a Alicia Nicol, oí hablar sobre Sánchez Vázquez a quien luego pude conocer en Madrid. También sobre Gaos, pues Teresa viajó a México por aquellos años. Mas todo ello, como se puede comprobar, es obra de muchas personas. Finalmente, tuve durante la década de los noventa oportunidad de pasar varias estancias en departamentos de universidades de Estados Unidos vinculados a los estudios de lengua y cultura española. Allí conocí a un buen número de profesores y estudiantes que provenían de países de la América de lengua española. Simplemente he tenido la fortuna de formar parte de estos grupos y lo que haya podido aportar queda en esa labor de grupo.

Pero, con seguridad, es el plano cualitativo el que demanda su pregunta. En este sentido, de mi primera etapa, puedo decirle que he escrito bastante sobre educación y sobre Filosofía de la Educación y estoy orgulloso de ello, pues desde los setenta este campo ha recibido un tratamiento muy didactista o metodologista, reduccionista en todo caso, que casi ha llevado a la exclusión de la filosofía del debate y la reflexión sobre la educación. Un error grave. Desde mi incorporación a la Facultad de Filosofía y Letras con Pedro Ribas y Diego Núñez trabajamos una línea de investigación, entonces bastante heterodoxa, que andando el tiempo se ha mostrado muy positiva. Complementaba las que trabajaban los colegas y ha terminado contribuyendo a completar la aproximación que a la filosofía del XIX y XX se estaba haciendo en la Universidad Autónoma de Madrid. Me refiero a las relaciones complejas, muy complejas, que se dan en la historia de nuestros países en general, y de España en particular por ser la que más he estudiado, entre la filosofía y la literatura. No porque nuestra filosofía sea exclusivamente literaria en la línea de lo señalado por Unamuno, sino porque la propia ubicación de la filosofía académica y la no académica, así como las circunstancias peculiares que han condicionado la construcción del estado y la nación, han hecho de estas relaciones una cuestión problemática y complicada de perfilar. No se tiene a Cervantes en balde a la espalda. Para bien y casi para lo contrario. Sin embargo, ha de decirse que está mucho en juego en este debate. Hay una parte de lo escrito por mí que pertenece a esta reflexión. Lo último, un artículo en la revista *Bajo Palabra* dedicado a esa forma de conocimiento que se denomina “realismo español” y que es extensible en buena medida a los países que compartimos idioma.

He escrito mucho sobre esto a propósito de autores más recientes con algún pinito en otros más lejanos —hasta el propio Cervantes— debido al interés que me han suscitado progresivamente. He participado en muchos congresos y en reuniones sobre estos temas con colegas de muchos países. En esta línea me he ido encontrando con autores notables que aparecían al lado de otros más sobresalientes cuyo conocimiento permite establecer la dimensión real que alcanzan determinados movimientos intelectuales que, a veces, por desconocimiento se enjuician como minoritarios. El trabajo con prensa y con revistas me ha permitido descubrir personas y formas de pensar minoritarios o hasta singulares, así como proyectos culturales de gran interés para la filosofía. Y esta línea ha ido siempre hacia delante. En ese horizonte estaba Portugal y estaban los países de América sin desdeñar la investigación, aún necesaria, sobre autores y épocas de la historia de España que hoy abordamos de manera bien diferente, con una perspectiva menos nacional y sí más transversal. Nos ha pasado como a los exiliados: hemos descubierto que nos pertenecen mucho más, en términos intelectuales y vivenciales, autores, temas o cuestiones que aquellos que nos son propios simplemente por próximos. Pero esto requiere no so-

brevolar el mapa sino recorrerlo, si no físicamente aunque también conviene hacerlo, al menos intelectualmente y no menos afectivamente, sin por ello perder la distancia justa.

No he descuidado la recuperación de textos desconocidos y de epistolarios inéditos que podían resultar de interés; también he realizado trabajos sobre la recepción de autores; y otros de reflexión sobre el significado de la filosofía escrita en español, uno de ellos publicado en la revista *Theoria. Revista del Colegio de México* que usted dirige (2009).

Así pues, puedo decirle que, viniendo de los años del franquismo, de una ciudad pequeña, las aportaciones por las que me pregunta tienen mucho que ver con la constancia, con el trabajo de grupo, con la enseñanza a (y con) miles de estudiantes y la colaboración con tantos colegas con los que tengo una deuda permanente.

Conociendo su obra de investigación, docencia y difusión de las humanidades y de la filosofía, ¿podría hablarnos un poco de la importancia del pensamiento iberoamericano en el contexto académico, filosófico y político del mundo actual?

El cuestionario, una vez iniciada la ascensión, no se detiene en su dificultad. Sin duda, esta pregunta late en toda nuestra actividad y no siempre es posible eliminar dudas, perplejidades y hasta la sospechas de alguna contradicción cuando queremos introducir una dimensión regional en un saber que ha contado con vocación de universalidad. Quizá la filosofía siempre se ha considerado un saber sin fronteras porque los griegos la asentaron sobre la matemática y la naturaleza física o, quizá, porque, cuando el cristianismo se vertió sobre las categorías griegas y el derecho romano, lo hizo con la misma pretensión o, quizá, porque la Ilustración heredó este espíritu poniendo la facultad racional centro-europea como canon allí donde había operado la razón juntamente con la creencias. No tengo especial interés en las fronteras pero no siempre se viaja a diez mil metros del suelo y cuando se camina las percibimos. Leía hace pocos días que Mbuyi Kabunda, politólogo congoleño, sostiene que en unos cincuenta años África será la gran potencia emergente en la gestión del conocimiento. Boaventura de Santos, el sociólogo portugués que cada vez me resulta más interesante, apunta una línea, en su *Epistemologías del Sur* (edición castellana de 2014), que viene a plantear la necesaria incorporación de la visión transversal u horizontal en la construcción de la universalidad, frente a la vertical imperante hasta no hace mucho. Esto requiere incluso salirse de las autopistas para caminar por veredas quebradas. Y más aún, supone tener en cuenta partes del mundo que habrían contado menos que otras en los últimos siglos por ser desconocidas desde los centros de poder. De manera intuitiva, conversando un día juntos, le apunté la necesidad de dar el paso del sujeto trascendental al sujeto intercultural. Un sujeto por construir o en fase de construcción en un mundo excéntrico o policéntrico. Seguramente, que la filosofía sea un saber más universal, o que sea universal realmente, es algo por construir si no se quiere realizar por reducción, es decir, en un plano más formal que real, como se ha hecho en los últimos siglos. No creo que la frase de Justo Sierra: “universalizar la ciencia, nacionalizar el saber” resuelva por completo el problema, pero apunta una reflexión digna de tenerse en cuenta con esta u otra formulación. Más bien, la revisión de la calidad del propio sistema democrático podría estar en la base de este planteamiento al comprobar las exclusiones producidas en el proceso de construcción del mundo durante la llamada modernidad. Recuerdo, y alguna vez lo he comentado, que a la pregunta que, hace algunos años, le formulé a una colega que pertenece a una escuela filosófica de las consideradas sólidas, acerca de cómo construir un modelo de racionalidad que no dejara a nadie fuera, obtuve una respuesta negativa porque consideraba imposible la propuesta. No he dejado de darles vueltas y han pasado años. Y lo he hecho porque asistimos a las consecuencias de tomar la parte por el todo o a intentos de imponer una razón homogeneizadora que cercena el desarrollo de otras

formas de racionalidad —nunca hablamos fuera de ella— que organizan formas distintas de vida. Ni México, ni los demás países americanos, ni España son ajenos a este debate. Por el contrario, se lleva a cabo en nuestros países de manera más soterrada que explícita en la filosofía académica pues a nadie escapan sus consecuencias políticas. Usted que ha sido Director de su Facultad, que ha conocido el trabajo desarrollado por la Dra. Carmen Rovira a favor del estudio de la filosofía mexicana, llevado a cabo con un reconocimiento muy inferior al merecido, que ha contribuido a revalorizar hasta la posición que hoy ocupa en la UNAM el seminario de filosofía mexicana, o que ha apoyado tesis de maestría o doctorado defendidas en los últimos años sobre autores mexicanos o del exilio español, sabe de lo que hablamos. Usted mismo ha escrito obras relevantes al respecto y desarrolla un proyecto sobre la relación entre filosofía y construcción de la nación mexicana.

América —sus repúblicas tan diferentes en tamaño y organización— es hoy un laboratorio a cielo abierto en el proceso de construcción de ese sujeto intercultural —no meramente multicultural— y esto pasa, necesariamente, por el conocimiento de la propia historia, incluida la producción filosófica. Si es verdad que España y Portugal no se entienden sin América —¡qué bien vieron esto los exiliados aunque fuera a la fuerza!— y eso lo hemos aprendido aunque nos hubiera gustado haberlo sabido antes, creo que en América, de unos años a esta parte, se ha comenzado a estudiar más la historia de España y Portugal, igualmente para poder comprenderse. Bien significativa es la edición de las *Obras* de Ortega y Medina que está llevando a cabo la Dra. Alicia Mayer.

Así pues, en un proceso tan complejo como el que estamos viviendo, el estudio de la historia compartida es imprescindible para la construcción de los estados y, como decía Tomás Pérez Vejo para el caso de España (quizá más que para México), la construcción de la propia nación exige situarse en el marco de un mundo intercultural. La facilidad con la que nuestros gobiernos eliminan o disminuyen la presencia de los estudios filosóficos en los planes de estudio, tanto en la enseñanza secundaria como en la universidad, tiene que ver, al menos parcialmente, con la debilidad institucional de la función política de la filosofía, reducida a un saber que muchos consideran prescindible, por no decir inútil, reducible a un saber de consumo propio de minorías. A su vez, esta posición, como un *boomerang*, nos lleva a la mimetización, sobrevaloración o mitificación de modelos antes idealizados que conocidos y asimilados. Como consecuencia, no acabamos de tener instituciones tan sólidas como debieran ser, bien construidas como parte de un estado democrático. Si filosofía y organización política se demandan necesariamente, pues para eso nació la propia filosofía, la debilidad de una parte genera en espiral la debilidad de la otra. Y esto nos pasa. Hay variantes entre América y los países de la península ibérica, por su distinta ubicación geopolítica respecto de los polos próximos de atracción y, también, por las diferentes trayectorias históricas a lo largo de XX pero hay, también muchos puntos en común. La guerra civil española y las dos dictaduras de los países ibéricos (aunque no de igual naturaleza pues no tuvieron el mismo origen) así como la enorme heterogeneidad de las poblaciones americanas con multitud de idiomas, etc. son diferencias a tener en cuenta. Pero hay muchos puntos de contacto, como antes le decía, por una muy larga historia, no sé si decir compartida pero sí necesitada hoy de ser vista en esa perspectiva para ser entendida. Por supuesto, esto requeriría una exposición mucho más larga, incluido el debate que pudiera llevarse a cabo acerca del lugar de la filosofía en la academia, su relación con otros saberes, planes de estudio, etc. susceptible de revisión como todo. Mas, tanto hacia adentro —la cohesión social—, como hacia fuera —las relaciones internacionales— el correcto lugar en el que estamos en el concierto de las naciones, el conocimiento preciso de la obra obra desarrollada por nuestros escritores, pensadores, científicos es fundamental. Bien sintomática es la reivindicación que del Renacimiento se lleva a cabo desde México de manera más decidida de cómo se ha hecho desde España. No es casual, y de su provecho nos estamos beneficiando en ambos lados del Atlántico.

¿Cuáles han sido sus principales vínculos con la filosofía en México?

Pues en este punto me considero un completo deudor. Es una deuda de gratitud con quienes habéis escrito sobre filósofos y temas mexicanos, tanto desde México como desde España. Quienes comenzamos a dedicarnos de una manera más especializada a la historia del pensamiento español hemos convergido progresivamente y con distintos ritmos con quienes desde México, por esos años, ya comenzaban a investigar la historia de la propia filosofía. El incremento, en las últimas décadas, de los estudios sobre exiliados españoles y los encuentros que comenzamos a tener de manera creciente hace poco más de veinte años han permitido iniciar un periodo de normalización al que le queda aún recorrido para ser completado. A Carmen Rovira creo haberla conocido personalmente hacia mediados de los noventa. Conocía a Beuchot desde algunos años antes y un artículo suyo sobre filosofía mexicana en el siglo XVII abrió la *Revista de Hispanismo* (1996); lo mismo que a Horacio Cerutti y a filósofos de otros países americanos como Pablo Guadarrama de Cuba, lo mismo que Raul Fornet si bien con orientaciones diferentes; a colegas de Argentina como Biagini y Roig, y luego algunos más de otros países: Chile, Colombia, etc. De España comencé a oír sobre América, y México en particular, en el Seminario de Historia de la Filosofía Española a partir de 1978 y en el Seminario permanente que manteníamos con Teresa Rodríguez de Lecea en el Instituto “Fe y Secularidad”, al que hice referencia anteriormente, cuando emprendió su primer viaje a México con motivo de la edición de la obra de José Gaos. No quisiera olvidar a Tomás Mallo, participante también en algunas de aquellas reuniones. Lógicamente, a partir de la obra de José Luis Abellán, más tarde cuando se inició la edición de la Enciclopedia Iberoamericana de Filosofía, los trabajos posteriores de Antolín Sánchez Cuervo, de Carlos Beorlegui, la Guía de Filosofía Latinoamericana de la editorial Comares (2014). Sin duda, los estudios sobre los exiliados del 39, los congresos de 1999 y 2009, la edición de los volúmenes coordinados por Carmen Rovira, reeditados con apoyo de la Universidad Nacional Autónoma de México, de la Universidad de Guanajuato, la Universidad de Querétaro y de la Universidad Autónoma de Madrid (2011); la cátedra Gaos de la Universidad Complutense de Madrid y tantos otros estudios que vienen apareciendo en los últimos años, entre los cuales figuran por méritos propios los abundantes sobre el siglo XVI, vienen contribuyendo desde España a que los autores mexicanos formen parte de nuestro universo intelectual. Este paso es el que considero fundamental. Finalmente, por lo que a mí concierne, la experiencia de participación en el congreso de 2009, ya mencionado, y en el celebrado sobre el bicentenario de las independencias de 2010 más los dos últimos —voy camino del tercero, que es el XVIII— de la Asociación Filosófica de México, han terminado por involucrarme completamente. Los intercambios han tenido, cada vez más, una secuencia más corta. Mas, como puede ver, soy un recién llegado, pero llegado al fin tras abundantes lecturas y el deseo de conocer mejor una historia que ya considero imprescindible para el conocimiento de la historia de la filosofía de la cual somos una parte que hemos llegado a valorar como imprescindible.

Podría extenderme ahora sobre autores y temas pero haría muy prolija la respuesta. Sí puedo decir que hemos incorporado a las asignaturas del Grado tanto en Filosofía como en Antropología el estudio de la filosofía iberoamericana. Creo que buena parte de las universidades españolas hacen lo mismo. Con ello los jóvenes estudiantes no tendrán que decir a la edad que yo tengo ahora que son unos recién llegados. Al mismo tiempo hemos contado —y contamos— con estudiantes mexicanos en estancias de investigación o realizando sus doctorados. Gracias a ellos aprendemos más de México. Con mucha gratitud sería injusto olvidar la estancia de la profesora Julieta Lizaola que estuvo con nosotros un semestre de gran colaboración. Quizá, pues, lo más importante sea que este acercamiento a la filosofía mexicana, realizado desde España, supone un proceso de normalización imprescindible para muchas cosas, entre otras la

correcta ubicación de la filosofía en los planes de estudio. De ahí se derivan otras consecuencias positivas. Aún recuerdo cuando una estudiante mía, Delia Manzanero, se decidió a solicitar una estancia anual en la UNAM siendo lo habitual para un estudiante español de filosofía hacerlo en algún país europeo. Me ha recordado en ocasiones que fue mi insistencia en las clases lo que hizo que se convenciera de la bondad de esa elección y creo que está agradecida. Después le han seguido otros estudiantes y jóvenes profesores y hoy el Atlántico se cruza con mucha frecuencia. Este mismo año el Gobierno de México ha concedido una estancia de investigación en la UNAM a Elena Trapanese, que ha realizado su tesis doctoral bajo mi dirección. Pasará cinco meses con ustedes y eso me llena de satisfacción, pues podrá completar su formación de buena hispanista con la dimensión americana.

Como fundador y directivo de la Asociación de Hispanismo Filosófico y de la “Revista de Hispanismo Filosófico. Historia del Pensamiento Iberoamericano”, podría decirnos cómo ve usted la relación entre España y Latinoamérica.

Desde un punto de vista intelectual estamos en una fase de reconocimiento y de reencuentro muy interesante. No hay peor cosa que la ignorancia. Leía estos días acerca del proyecto editorial fundado en 1924 “Compañía Ibero-americana de Publicaciones” y lo mismo de las secciones que en el Ateneo de Madrid se constituyeron de un “Centro de Cultura Hispanoamericana” (1911) y de una sección con el nombre de “Iberoamericana” (1923). De nada de esto supimos quienes nacimos en la posguerra. La transición de la España democrática nació con muchas urgencias interiores y hemos tardado en descubrir este pasado anterior a la guerra en el cual hubo interés por América. La tesis de Gemma Gordo ha puesto de manifiesto una red de relaciones intelectuales de primer nivel a lo largo del primer tercio del siglo XX a las que aludía Gaos en su tardío artículo de 1966, “La adaptación de un español a la sociedad hispanoamericana”. Corregir los tópicos cuesta mucho, quizá en la propia América se ha participado de percepciones similares aunque por razones distintas, pues conllevan una carga emocional que los hace muy resistentes al cambio. El único antídoto es la investigación, el conocimiento y la honestidad intelectual. Y en este proceso estamos y a ello debemos contribuir desde la universidad y desde los medios que tenemos a nuestro alcance.

La Asociación de Hispanismo Filosófico fundada en 1988 contó, entre sus fundadores, con personas que tenían sensibilidad por las cuestiones americanas, mas reconocamos que la comunidad filosófica ha caminado, en estos menesteres, por detrás de colegas de las áreas de Historia e Historia de la Literatura. Ya era mucho por aquellos años, algunos antes y algunos después, preguntarse por la filosofía española. Tengamos en cuenta que Gaos dirigió en México la tesis de maestría a Olga Victoria Quiroz Martínez en 1949. Creo recordar que los trabajos equivalentes de López Piñero se publicaron en España a finales de los sesenta y desde la historia de la ciencia. Sirva de referencia. De los setenta son también los primeros escritos de Abellán pero lo eran a trasmano de la línea dominante y ahí reside su mérito. Pero, cuando se analizan los programas de Historia de la Filosofía que desarrollaba Gaos en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM y los que aún se desarrollan por aquí, podemos observar las diferencias que aún tenemos, pasados cincuenta años. Tampoco quiere decir que todos los programas de México sean así pero al menos ahí había esta oportunidad de asistir a seminarios en los que la filosofía en lengua española tenía un lugar. Así pues, estamos en esta fase de reconstrucción en el campo filosófico, en el que reconocamos que se ha avanzado. ¿Qué decir de otros campos? América es una realidad muy diversa con grandes y pequeños países en continua evolución y si el referente de los Estados Unidos lo es para todos, la mayor proximidad pesa como se está viendo en los últimos —como en los anteriores— movimientos que frenan

o aceleran relaciones según conviene. España forma parte de una Europa cuya unidad se ha construido en los últimos años más sobre el capitalismo financiero que sobre la cultura y eso condiciona muchas cosas. Se me escapan las percepciones que tengan los grupos económicos cuyos intereses carecen generalmente de rostro. Sí puedo hablar de las que me gustaría que llegaran a ser y por las cuales trabajamos en el ámbito al que pertenecemos, el de las humanidades y el del saber. El mejor conocimiento recíproco ha de servir para sentar unas bases que nos permitan mejorar la calidad de vida de nuestras sociedades en todos los órdenes y tener una colaboración recíproca permanente.

La revista de la Asociación está puesta al servicio de estos objetivos difundiendo las investigaciones, dando cuenta de aquello que hacemos y creando una comunidad filosófica de intereses comunes desde la perspectiva plural que cada grupo sea capaz de ofrecer. Pues también en América también hay perspectiva diferentes en la aproximación a estas cuestiones.

Este año de 2015 conmemoramos el centenario del nacimiento de Adolfo Sánchez Vázquez. ¿Podría decirnos cuál es la importancia de su vida y obra para la filosofía y el humanismo iberoamericanos?

Ha sido al único filósofo del exilio a quien tuve oportunidad de conocer personalmente hace años en Madrid. Fui a escucharle en una ocasión con mi buen amigo Pedro Ribas, con seguridad quien mejor conoce la recepción del marxismo en España. Creo que la última vez que le oí fue con motivo de la celebración del congreso del centenario del nacimiento de María Zambrano (2004). Durante los años de estudiante y los posteriores, circulaban algunos de sus libros —principalmente la *Ética* (1969 creo recordar) que leíamos junto a la de Aranguren (me parece que de finales de los cincuenta) — a través de las ediciones mexicanas. Mas, hasta mucho después, no supe que era un exiliado; como no lo supe de José Ferrater Mora cuya lógica simbólica fue el libro de texto por el que estudié; o del antropólogo Luis Farré, exiliado en Argentina a quien también leí pronto. Para los estudiantes de finales de los sesenta, que nos aproximábamos al marxismo antes que en otra fuente en la del jesuita francés Jean Ives-Calvez, leer a Sánchez Vázquez sabía a auténtico y humano. Mis estudiantes de Magisterio, ya en los setenta, solían utilizarlo en la asignatura de Filosofía de la Educación. Más tarde descubrí sus magníficas reflexiones sobre el exilio que, junto con las de Zambrano, son imprescindibles en la España de hoy mismo como una lección de honestidad personal, política e intelectual. He tenido oportunidad de leer su producción literaria de pluma brillante que mis estudiantes de Filología Hispánica ahora tienen oportunidad de comentar en clase. Suscribo las palabras del discurso de usted en la feria internacional del libro de Guadalajara en 2006 cuando decía que “desde su primera juventud Sánchez Vázquez unió entrañablemente su formación en la literatura humanista española y latinoamericana con su vocación republicana”. Y si esto valía ya para dar cuenta de su vocación literaria, lo dicho para su vocación filosófica completa su semblanza intelectual y moral: “La filosofía como praxis es pues una actividad orientada por valores éticos, políticos, estéticos y epistémicos, cuya concreción exige la transformación de la realidad, la realización de la utopía propuesta”. Cuando en España fue invitado a participar en un acto conmemorativo del centenario de la edición de *El Quijote* en 2005 hablé de “Don Quijote como utopía”. Quiso dejar bien claro qué entendía cuando utilizaba esa referencia: no solo como una crítica de la realidad existente sino como la aspiración a una vida mejor pero, sobre todo, a su realización. Para ello, recordaba hace no mucho por invitación de Antolín Sánchez-Cuervo y Fernando Hermida, las propias palabras de Sánchez Vázquez: “merece correr los riesgos, obstáculos, que hay que correr en su realización” y ello por tratarse de un objetivo necesario e imperioso pues será el que nos permita

“trascender el mundo existente y vivir una vida mejor”. Creo que poco más puede añadirse para reivindicar su figura en este centenario.

El próximo año de 2016 se conmemoran 80 años del inicio de la Guerra Civil Española. ¿Qué ha significado esa guerra para España y para México y en general Latinoamérica?

Parece mentira pero ya vive la generación de españoles que recordará aquella terrible tragedia cuando se cumplan los cien años. Parece lejana —la gente se ha refugiado en una amnesia funcional— pero no lo es tanto, como se está comprobando con la aplicación de la conocida como ley de la memoria histórica. En España, aparte de la tragedia que supuso una guerra “incivil”, trastocó todas las relaciones teniendo en cuenta quién ganó, cuánto duró y dónde murió. Esas secuelas, no fáciles de confesar aún, condicionan indirectamente las decisiones de la sociedad española por más que quienes han nacido ya en la España democrática no lo perciban. Tratar de legitimar un golpe de tal violencia, basado en las armas, solo es posible desde un discurso sostenido por el poder; reconstruir la legitimidad democrática, tras tantas décadas de poder dictatorial (o como quiera se le denomine), y hacerlo en términos racionales es muy difícil. Se ha llevado a cabo a través de una decisión práctica en términos históricos. Mas el peso que ha quedado en los herederos de los exiliados tuvo ocasión de percibirlo en el Congreso de México en 2009 y aún no lo he olvidado. Desde un punto de vista cultural, científico, filosófico, literario, ya se ha dicho muchas veces, vació España de unas élites de gran nivel y, además, de profesores de enseñanza secundaria y maestros que eran claves en la construcción de la España que representaba la República en lo mejor de sí misma. La apuesta por una concepción tecnocrática, funcionalidad de Estado la he llamado en alguna ocasión, fue la salida desde finales de los cincuenta y las décadas siguientes que marcaron el desarrollo de la recepción de las filosofías europeas —principalmente el neopositivismo y la filosofía analítica— así como del desarrollo de las ciencias sociales que abandonaron pronto el freudismo para echarse en brazos de los distintos positivismo tardíos que iban llegando, una vez se liberaron del aristotelismo anacrónico que se practicaba aun hasta los setenta. Los sectores más claramente combativos recurrieron a la filosofía francesa y al marxismo y poco más. La tradición española apenas recuerdo que tuviera valor alguno salvo en los sectores oficiales que recurría a la vieja retórica que interpretaba el siglo XVI de manera anacrónica (ni siquiera la escolástica española nos fue bien enseñada y ya es triste) y pronto nos dimos cuenta de que buena parte del esfuerzo en aprender aquello era ya inútil. Los jóvenes estudiantes de finales de los sesenta estábamos, pues, entre los restos del naufragio de la escolástica mal enseñada y los primeros profesores que regresaban de Alemania con las novedades del momento. Algunos con mayor formación, tal como hemos podido reconocer posteriormente, superaron el estatus del neo converso. Ya he estudiado en otro lugar, y otros lo han hecho con más autoridad que la mía, la difícil restauración en la universidad de aquella tradición liberal y socialista que fue la verdaderamente perdedora de la guerra. Así pues, las consecuencias han sido muy negativas, en el orden de la convivencia y la construcción social como en la necesaria continuidad que el conocimiento debe tener para que vaya poniéndose al día sin mimetismo forzados. La España democrática creo que está lejos de los valores republicanos que mantenían buena parte de los intelectuales que ustedes han conocido en México. Sin que ello suponga ahora ningún otro juicio de valor.

Para América Latina fue la recepción de emigrantes y exiliados de ambos bandos, su incorporación a las instituciones, principalmente en el caso de México, la difícil relación entre ambos grupos, sobre todo en Puerto Rico y quizá en otros países, Argentina, por ejemplo, y en el propio México a pesar de lo confesado por Gaos, quizá de una manera un poco idealizada.

Mas, sin duda, el estudio del grupo de republicanos nos ha ayudado a tender un puente sobre el que nos hemos reencontrado como sociedades en el reconocimiento de lo hecho por quienes aceptaron a los refugiados y la calidad de quienes se exiliaron.

***¿Cuál es la impresión que usted tiene sobre la filosofía mexicana hoy en día?
En el campo de la filosofía, ¿ qué representa México para España hoy en día?***

Si me permite, unificaré la respuesta a estas dos preguntas y lo haré con cautela para no caer en el defecto que hace años denunció Pedro Calafate en la introducción a su magna obra *Historia do Pensamento Filosófico Portugues*. Se refería a la ligereza con que hacemos coincidir lo que realmente existe con lo que conocemos. Esto vale tanto para una valoración global sobre lo que México está produciendo en filosofía como para su recepción en España. Sobre lo primero: he leído bastante sobre filosofía mexicana del siglo XX pero más de las generaciones que llegan hasta los ochenta. Sobre este último periodo acaba de publicarse el primero de los dos volúmenes de que constará la Enciclopedia iberoamericana de Filosofía: *Filosofía iberoamericana del siglo XX, I: Filosofía teórica e historia de la filosofía*. Quedan para el segundo volumen las ramas de la filosofía aplicada. Es una visión panorámica y ahí figuran los nombres de los clásicos incluyendo entre estos ya a Luis Villoro, pero no me atrevo a hacer una valoración desde esta lectura; asimismo puede tenerse una idea de la producción desde el primero de los Coloquios de la Asociación Filosófica de México (Morelia, 1975) donde se apostaba por superar cualquier forma de colonialismo o de dependencia y apostar por modelos emancipatorios o lo que se llamaba “una filosofía auténtica”. Algunos otros autores consideran atomizada la división excesiva que la filosofía mexicana compartiría con otras tradicionales escolatizantes que se pierden en la reflexión metateórica frente a modelos sajones basados más en los estudios culturales que reservan la filosofía de la ciencia para un ámbito legitimador muy específico. Mas hay un campo mucho más dinámico que el europeo y que vincula a la filosofía práctica desde el análisis de necesidades reales de la propia sociedad. En este sentido, la filosofía que se cultiva en México puede ser un laboratorio casi a cielo abierto que conduzca a un replanteamiento de conceptos a partir de la conciencia de crisis. La heterogenidad social, incluyendo la lingüística, la revisión de la propia historia y los problemas sociales están llevando a leer a autores clásicos. Muy significativa la edición que realizó Miruna Achim (2012) de textos de José Antonio Alzate bajo el título: *Observaciones útiles para el futuro de México. Selección de artículos, (1768-1795)* que pueden ser leídos en clave histórica para reivindicar un periodo ilustrado pero, también, en clave presente acerca del lugar de México como tradición científica. Asimismo, los trabajos de Raúl Alcalá como *Pluralismo y diversidad cultural* (2015) que conducen a esa propuesta tan interesante de la construcción de un nuevo sujeto vinculado a la pluralidad cultural. Esta es una propuesta que realmente solo puede hacerse donde existe esa realidad. Y México no solo la tiene sino que la “es”, valga la expresión. Estas revisiones y nuevas orientaciones son enormemente valiosas fuera de la propia realidad mexicana en un mundo que combina la dimensión global con la nacional. Si los teólogos del XVI reflexionaron sobre el orden que lo era sobre la articulación del imperio, la catolicidad y la pluralidad de “las nuevas repúblicas”, a la altura de nuestro tiempo los retos, con las variantes que se quieran mostrar, lo son sobre la globalidad financiera y sus modelos del poder así como la defensa de la pluralidad que evite nuevas formas de colonización. Todo un reto en el que creo que América es ese laboratorio al que me refería.

En este sentido veo el interés por el estudio de la filosofía mexicana desde la perspectiva histórica que estás llevando a cabo y donde los trabajos del seminario permanente sobre este tema adquieran más importancia si cabe. La misma evolución de usted es bien sintomática al respecto desde los años en la dirección de la Facultad por cuanto la sensibilidad por la ciencia

es una herramienta filosófica útil. En general, creo que los filósofos tenemos una débil formación en ciencias sociales y eso lastra nuestro papel como agentes sociales aunque sea en el campo de la cultura y de la educación. Creo que es aquí donde estamos confluyendo y por donde habremos de avanzar. Tengo en el despacho el texto de Carlos Fuentes, de hace unos diez años, cuando a propósito del Foro Iberoamericano defendió que no hay discurso sin nuestra voz porque no hay voz que no se pronuncie en un espacio. Leer al gran Carlos Fuentes siempre produce conocimiento y placer. Él recordó que Cervantes nos dio la voz que une a todos, aunque no se olvidó de Machado como el milagro del mundo iberoamericano. La sabiduría de Juan de Mairena puede ser más necesaria que nunca para saber que las élites no pueden separarse demasiado del pueblo y menos ir en su contra. En todo caso es un corto bagaje para un juicio más sólido y completo por mi parte del estado actual de la filosofía mexicana, pero sí tengo el compromiso de seguir leyendo y aprendiendo.

Desde una perspectiva iberoamericana ¿cuál es la misión de la filosofía en el mundo contemporáneo?

Por resumir mucho y no renunciar a la utopía, parece mentira que la reivindicación del ser humano suene a utópica, esa sería la “misión” de la filosofía: no olvidar que cualquier orden legitimado filosóficamente debe serlo humano. Muchos sostienen que la utopía remite a un pensamiento reaccionario. No lo creo si es verdadera utopía; quizá hablen de otra cosa. Lo que sí es reaccionario es olvidar que el ser humano es la realidad radical, digo “ser” para que se sepa que estamos en el ámbito filosófico pero, a continuación, digo “vida” porque el primero puede ser conceptualizado sin más; la segunda exige mirar a los ojos. Quizá ahí se encuentre el nuevo concepto, no hay por qué renunciar a él, pero ha de serlo con ojos. María Zambrano —hace veinticinco años que falleció— le decía al poeta Ullán, con razón (siempre estamos en la filosofía), que Aristóteles situó lo universal en el corazón y solo modernamente se ha situado en el cerebro. Solo se filosofa si somos capaces de no congelar la vida, si la razón ayuda a todas las vidas. Basta pasear por las calles de una ciudad mexicana para convencerse de ello. Ahí radica la que considero misión —palabra que nos recuerda tantas ocasiones en que ha sido empleada— de nuestra —toda— filosofía en el mundo contemporáneo. Por eso no puede olvidarse aquel nuevo siglo XVI, al menos el de quienes pensaron contra las formas de tiranía. Tampoco podemos olvidar las condiciones en que viven tantas personas y las nuevas formas de tiranía. Si la filosofía mantiene el vigor intelectual y moral de pensar a favor del ser humano habrá cumplido su “misión”. Como decía Sanchez Vázquez, por esta causa merece correr los riesgos. Por su parte, Zambrano prefería la esperanza como virtud más humana que la verdad misma, pues ella fue víctima de quienes se apropiaron de esta última. La filosofía tampoco ha estado exenta de “otros” riesgos. Apostemos por estos dos viejos utopistas del humanismo.

De nuevo mi gratitud. No es fácil expresar plenamente el sentimiento en palabras. Habría que decirlo como un poeta, pero me has exigido una reflexión.

Muchas gracias